



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

Los Tercios de Flandes a través de los ojos de Diego de Villalobos y Benavides.

Adrián Gil Largo

Tutor: Alberto Marcos Martín

Curso: 2015-2016

LOS TERCIOS DE FLANDES A TRAVÉS DE LOS OJOS DE DIEGO DE VILLALOBOS Y BENAVIDES

Resumen.

La obra del capitán Diego de Villalobos y Benavides ofrece una visión personal de la Guerra de los Ochenta Años al término del siglo XVI. De ella se pueden extraer las claves de la vida cotidiana del soldado, su estructuración dentro del tercio y sus motivaciones. Asimismo, es fuente de gran valor de cara al tratamiento de los asedios de época moderna. Desde estos datos particulares, este trabajo permite ofrecer una visión general de lo que suponía formar parte de los tercios españoles a finales del siglo XVI.

Palabras clave.

Diego de Villalobos y Benavides, Flandes, vida militar, tercio, asedio.

Abstract.

The work of Captain Diego de Villalobos y Benavides offers a personal view of the Eighty Years' War at the end of the sixteenth century. The soldier's everyday life keys, his structure within the pikes and shots regiment known as Tercio and his motivations can be extracted from this work. It is also a source of great value to face sieges in modern era. Since these particular facts, this work tries to offer an overview of what was supposed to be part of the Spanish Tercios in the late sixteenth century.

Key Words.

Diego de Villalobos y Benavides, Flanders, military life, pikes and shots regiments, sieges.

Índice.

| | |
|---|----|
| 1. Introducción. | 3 |
| 1.1 Objetivos..... | 3 |
| 1.2. Metodología. | 3 |
| 1.3. Estado de la cuestión. | 3 |
| 2. Diego de Villalobos y Benavides. | 4 |
| 3. La guerra en Flandes a finales del siglo XVI. | 5 |
| 3.1. El transporte de tropas..... | 6 |
| 4. El soldado del Tercio | 9 |
| 4.1 Organización interna. | 9 |
| 4.2. El soldado español..... | 16 |
| 4.3. Los soldados de naciones. | 19 |
| 5. La disciplina. | 20 |
| 5. 1. Los motines..... | 22 |
| 6. La vida del soldado durante los asedios..... | 24 |
| 7. Conclusiones. | 33 |
| 8. Bibliografía. | 35 |

1. Introducción.

1.1 Objetivos.

El presente trabajo pretende ofrecer una visión general del conflicto conocido como la Guerra de los Ochenta Años, centrándose en los sucesos acaecidos entre los años 1594 y 1598, desde el punto de vista personal de uno de sus actores. Mediante la obra del capitán Don Diego de Villalobos y Benavides, “Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Bajos de Flandes, desde el año de mil y quinientos y noventa y cuatro, hasta el de mil y quinientos y noventa y ocho”, se tratará de mostrar la realidad de muchos de los aspectos de la vida del soldado en Flandes. Así, el objetivo de este trabajo abarca la contextualización del conflicto en un lugar (Picardía) y tiempo (de 1594 a 1598) determinados para dar con las claves de la vida cotidiana del soldado, desde sus rutinas diarias, organización interna y disciplina hasta una descripción de los valores personales generalizados del soldado. Especialmente y por separado, debido a las detalladas y abundantes descripciones que al respecto nos brinda Villalobos, se abarca con profundidad el escenario concreto que constituía un asedio.

1.2. Metodología.

La metodología seguida en este trabajo ha consistido básicamente en la descripción de los aspectos generales tratados desde la bibliografía utilizada para luego abordarlos desde un punto de vista más específico gracias a la obra de Villalobos.

1.3. Estado de la cuestión.

Los “Comentarios” de Villalobos fueron reeditados en 1876 y cuentan con la introducción y apéndices de Alejandro Llorente, quien resuelve muchas de las dudas que presenta el texto, tales como fechas, ubicaciones y nombres que Villalobos presenta de forma confusa. Asimismo, todos los aspectos relacionados con la situación general bélica de Flandes y el Camino Español han sido ampliamente estudiados por Geoffrey Parker, mientras que los aspectos militares han sido tratados en profundidad por Albi de la Cuesta y Quatrefages.

2. Diego de Villalobos y Benavides.

Este trabajo, como ya se ha mencionado, se basa, principalmente, en la obra de Don Diego de Villalobos y Benavides. Es necesario, pues, dar algunas pinceladas sobre él: quién era y cuál fue su historia. Afortunadamente, toda esta información fue recopilada en 1876 por Alejandro Llorente¹, miembro de la academia de Historia, en una introducción que realizó para una re-edición de la obra de Villalobos.

Diego de Villalobos y Benavides nació en México, hijo de Pedro de Villalobos, gobernador y capitán general de Guatemala. En 1594, año en el que comienzan sus “Comentarios”, Villalobos se encontraba destinado en Flandes, como capitán de una de las compañías del tercio de Luis de Velasco. Su obra narra todos los sucesos en los que estuvo presente o de los que supo gracias a testimonios de primera mano, durante la campaña en la zona circundante a Picardía hasta la toma y posterior pérdida de Amiens, en 1598. Tras ello, vivió un tiempo en Flandes hasta que tuvo que regresar a España debido a la muerte de su hermano. Durante el trayecto, el barco en el que viajaba fue capturado por los holandeses, siendo intercambiado por otro rehén poco más tarde. Sin embargo, este percance le hizo perder todas sus notas acerca de la guerra. Ésta es la razón por la que los “Comentarios” fueron escritos años después de los sucesos que narran y la inexactitud en algunos de los nombres y fechas que ofrecen.

Alejandro Llorente afirma que, tras llegar a España, Villalobos abandonó la carrera de armas para ocupar el cargo de corregidor de Málaga. Tras someterse a unos juicios de residencia en los que fue acusado de desfalco, fue multado y retirado del cargo. Tras esto, se pierde su rastro. Sea como fuere, su obra, editada en Madrid en el año 1612, posee un alto valor historiográfico que, aunque hay que abordar con cautela y desde la subjetividad del propio autor, es un retrato fiel de la vida del soldado de Flandes a finales del siglo XVI.

¹ LLORENTE, 1876: 1-14 (Las notas a pie de página siguen las normas de estilo de la revista Hispania).

3. La guerra en Flandes a finales del siglo XVI.

La experiencia bélica de Diego de Villalobos y Benavides transcurre entre los años 1594 y 1598, en toda el área fronteriza entre Flandes y Francia, desde Cambrai hasta Amiens. La Guerra de los Ochenta años, pues, se encontraba al final de su primera mitad y perfectamente definida. Se trata de un tipo de guerra donde predomina la infantería, dejando atrás los tiempos de las gloriosas cargas de caballería y las batallas campales. Y esto es así por dos motivos: la propia evolución tecnológica y las características de Flandes.

A finales de la Edad Media, la guerra tomó un cariz defensivo en tanto en cuanto era más importante mantener una guarnición fortificada desde la que controlar el territorio más inmediato que librar una batalla por él. Esta circunstancia trajo consigo la evolución de la artillería, imprescindible para echar abajo los gruesos muros de los castillos medievales. La arquitectura tomó buena nota de esto y, a lo largo de todo el siglo XVI, se produjo la revolución de la llamada “traza italiana”², presente también en las fortificaciones de Flandes: Las murallas pasaron a ser más bajas pero mucho más espesas; lo cual, a pesar de ofrecer más resistencia a los ataques de artillería, hacía crecer la vulnerabilidad a ataques por sorpresa desde el entorno más inmediato, al perder en visibilidad. Por ello, las murallas se rodeaban de fosos que dificultaran su asalto, así como de un entramado de salientes y revellines, plataformas de artillería que mantenían a distancia a las del enemigo³. A finales del siglo XVI, el escenario bélico en Flandes se basaba en la toma y defensa de posiciones fortificadas de esta manera, casi invulnerables al fuego de artillería y cuyo mejor método de conquista era mediante un asedio prolongado hasta lograr la rendición por hambre⁴. Se trataba, pues, de una auténtica guerra de asedios, donde apenas hubo batallas campales decisivas, y que afectaba de lleno a la forma de vida militar de los implicados, como se abordará más adelante.

Flandes, por su parte, contaba con unas características propias que hicieron cambiar la estrategia de la Monarquía. Desde el punto de vista geográfico, Flandes era un territorio poco apto para las batallas campales, debido a la escasez de las vastas zonas abiertas necesarias para ese tipo de enfrentamiento. Sin embargo, Flandes era idóneo para la defensa desde las mismas ciudades, centros neurálgicos y de abastecimiento⁵. La evolución de las fortificaciones según la “traza italiana” y la abundancia de zonas de agua marcaron el devenir

² PARKER, 1985: 41.

³ RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, 2015.

⁴ RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, 2015.

⁵ RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ. 2015

de la guerra. También hay que tener en cuenta la propia naturaleza de los holandeses, que vivían en continuo estado de guerra y estaban bien organizados para ella. El propio Diego de Villalobos y Benavides los tiene por gente en constante estado de sitio, algo que “les hizo madurar en soldados más astutos y engañosos que los de cualquier otra nación”, predispuestos a hacer causa común en la guerra, pagando cualquier precio necesario para seguir con las campañas militares, con un gobierno más estable en tiempos de guerra que de paz⁶.

Sin embargo, esto no libraba a los más vulnerables de los estragos de la guerra. En su obra, Villalobos hace referencia a grupos marginales de habitantes locales que perdieron todo por causa de la guerra. Es un caso representativo el de los habitantes del arrabal de Amiens. Se trataba de un burgo de arrabales repleto de habitantes del cual sacaban leña los de la ciudad. Durante el asedio que Enrique IV hizo de la ciudad, los franceses quemaron estos arrabales, que ardieron hasta los cimientos en poco tiempo, quedando toda su gente sin nada y desprotegidos, “desterrados de los enemigos y de los amigos robados sin tener remedio”⁷. Aquellos que se acercaban a la muralla eran abatidos durante la noche y los que permanecían en las pocas casas que habían quedado en pie en el arrabal eran robados por los franceses que se acercaban a saquear, siendo las niñas y las mujeres violadas. Habla Villalobos de la piedad de la nación española en tanto en cuanto, a sabiendas de la situación de estas gentes, no había arcabucero español que no sacase panes a esta gente. Sin embargo, ante el peligro de enfermedad, que ya se extendía en el bando francés, se prohibió a los españoles de Amiens darles nada a los del arrabal. Aquellos que no huyeron, murieron.

3.1. El transporte de tropas.

La principal novedad que supone Flandes para la Monarquía Hispánica es el continuo flujo de soldados que ha de mantener⁸. Transportar tropas desde la Península no era tarea fácil, especialmente por vía terrestre. Había que vadear ríos, atravesar espesos bosques y circular por caminos plagados de salteadores. Fue por ello necesario asegurar una serie de rutas que permitieran un transporte de tropas continuo y eficiente: el Camino Español.

Aunque estas rutas no fueron creadas de manera original. Se trataba de un conjunto de itinerarios que unían determinados puntos de importancia, como puentes o vados, por lo que

⁶ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 8-9.

⁷ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 238.

⁸ MARTÍNEZ RUIZ, 2008.

había más de un camino a seguir⁹. Sin embargo, el principal problema no era trazar la ruta, sino mantener el ejército que marchaba bien aprovisionado. Alimentar a una tropa de semejante tamaño en tierra neutral era algo verdaderamente complicado. Había diferentes maneras de solucionar esto. La primera consistía en mantener provistos diversos almacenes a lo largo de todo el corredor militar, pero esto no era del todo rentable en tanto en cuanto tales corredores no se usaban sino una vez cada par de años. Tradicionalmente, se recurría a alimentar a las tropas en el mismo lugar en el que acampaban, requisando todo lo necesario, pagando o no una indemnización, con el consiguiente perjuicio a la población local. El aumento de las actividades militares complicaba esta situación, por lo que, desde mediados del siglo XVI, surgieron centros comerciales con fines militares, o *étapes* militares¹⁰, donde se almacenaban víveres para su posterior distribución. Era un sistema simple: se seleccionaba una población como centro desde el que se distribuirían los suministros y se repartían los alojamientos a cambio de unos vales que se entregaban a los propietarios, que más tarde podrían canjear por un pago por sus servicios. Sin embargo, no era un sistema perfecto y podía ocasionar desavenencias entre la tropa y los habitantes locales en forma de abusos contra estos últimos.

Había dos tipos de *étapes* militares. El primero de ellos, sólo en Saboya, era permanente y proporcionaba víveres y alojamientos¹¹. Servían de puntos de comunicación comercial entre Italia y Francia y eran empleados tanto por tropas como por viajeros. Se encontraban situados en grandes ciudades y eran administrados por las autoridades locales. El segundo tipo, sin embargo, era de exclusivo uso militar y se aplicaba a las zonas del Franco-Condado, Lorena y los Países Bajos. Eran organizados por un oficial que hacía inventario en las diferentes comarcas por las que marcharía el ejército, calculando los recursos necesarios para su paso.

Para un veloz paso por los corredores militares era necesaria la preparación de caminos y transportes por adelantado y la división de la tropa en grupos. Estos grupos no solían superar los tres mil soldados y marchaban divididos en vanguardia, grueso del ejército y retaguardia. Cuando era necesario, podían subdividirse en grupos más pequeños de medio millar de soldados, de acuerdo a las limitaciones del alojamiento que se presentaban. En

⁹ PARKER, 1985: 120.

¹⁰ PARKER, 1958: 125.

¹¹ PARKER, 1985:128.

última instancia, el tiempo que tardaban en recorrer el Camino dependía directamente de la velocidad de la tropa, que era, de media, de unas doce millas al día. Mediante estos sistemas, España logró un sistema de transporte de tropas funcional y de coste reducido¹².

La Guerra de los Ochenta Años, entre los años que abarcan los “Comentarios” de Villalobos, se encuentra en el final de su segunda fase. Tras la Paz de Arrás en 1579, Alejandro Farnesio gobernaba los estados católicos del sur, mientras que el norte era controlado por Guillermo de Orange. Durante la década de 1580, Alejandro Farnesio logró importantes victorias que hicieron recuperar Audenarde, Dunquerque, Bergues, Gante, Bruselas y Amberes. La reconquista de los estados del norte, sin embargo, se retrasó cuando Farnesio tuvo que acudir a socorrer el sitio de París, asediado por Enrique IV. Esto permitió a los estados del norte de los Países Bajos reorganizarse bajo Mauricio de Nassau, recuperando parte de los territorios perdidos. Tras la muerte de Alejandro Farnesio, en 1592, las tropas del rey de España tuvieron que desplegarse en dos frentes, contra los holandeses al norte y contra los franceses al sur¹³. Es en esta campaña contra los franceses donde toma partido el capitán Diego de Villalobos y Benavides entre 1594 hasta el fin de los enfrentamientos en 1598.

¹² PARKER, 1985: 133-142.

¹³ BENNASSAR, 1980: 374-376.

4. El soldado del Tercio.

Diego de Villalobos y Benavides, a lo largo de su obra, da unas cuantas claves que permiten clasificar al soldado español del tercio, así como algunos puntos de vista interesantes sobre el resto, y mayoría, de soldados de otras naciones.

4.1 Organización interna.

La principal característica del soldado del tercio era su eficacia y disciplina, algo que sólo se lograba gracias a su continua instrucción tanto por parte de los oficiales cuando estaban ociosos como por su adiestramiento directo en la misma guerra. Así, fuera del combate, se le entrenaba en el uso de todo tipo de armas y en el conocimiento de muchas y diversas tácticas militares. Por otro lado, debían mantener su equipamiento y armamento en buen estado en todo momento, prueba de su profesionalidad. Esto era puesto a prueba en las continuas revistas que los mandos imponían a las tropas¹⁴.

Los soldados de un tercio se identificaban con la reputación del mismo. Los tercios, a su vez y de manera oficial, llevaban el nombre de sus comandantes o del lugar de procedencia. Sin embargo, eran conocidos comúnmente por los mote que se ganaban sus mismos soldados. Así, al tercio de Agustín Mejía se le conocía por “los zambapalos”; otros eran conocidos como “los colmeneros”, por su preferencia a la hora de procurarse alimento; “los galanes”, por sus ropas; etc. El nombre de un tercio daba fama al soldado y se les reconocía antes por él que por quien les mandaba¹⁵.

El ingreso en el tercio se hacía siempre desde el rango más bajo, sin importar la procedencia del soldado. Una de las principales motivaciones era el sustento, tanto en sueldo como en alimento, que recibían los soldados. Sólo mediante años de servicio era posible medrar dentro de la jerarquía militar. Aunque no estaba establecido ni regulado, se alcanzaba el rango de cabo alrededor de los cinco años de servicio, uno más para pasar a ser sargento, y tres años en este puesto y ser distinguido como alférez para poder aspirar al rango de capitán.

Un grupo especial de soldados, fuera de su clasificación entre la tropa o entre los mandos de la compañía, lo formaban los particulares, reformados, entretenidos y aventureros. Los soldados particulares eran soldados distinguidos por su servicio o procedencia. Los soldados reformados eran oficiales de compañías que se habían disuelto, pero que

¹⁴ MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 858-859.

¹⁵ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 34-35.

conservaban su estatus. Los entretenidos se caracterizaban por la pensión que recibían y servían a los altos cargos directamente. Por último, los aventureros eran soldados que se unían al ejército con una tarea determinada, contaban con bastante experiencia y un sentido del deber muy desarrollado, y se mostraban muy celosos de su reputación¹⁶.

Era el rango de capitán un privilegio, debido a su buena paga y prestigio social, que confería el estatus de hidalgo. Para poder ascender a capitán, el solicitante debía presentar un escrito personalmente, acompañado además de una recomendación. A pesar de que el tráfico de influencias era relevante, la principal cuenta de medida eran los años de experiencia y la valía personal. El capitán era quien nombraba los rangos inmediatamente inferiores, como cabos, sargento, alférez, etc. Los mandos superiores del ejército eran designados directamente por el rey¹⁷.

El capitán debía ser un ejemplo a seguir para sus hombres, tanto militar como moralmente. El propio Villalobos haría gala de ello cuando, presentándose ante su guardia unos franceses desertores deseosos de servir al rey de España, los aleccionó ante sus propios hombres afirmando que los soldados de un rey católico ambicionaban más el merecer merced que el alcanzarla, por más trabajos y necesidades que hubiese que superar¹⁸. La buena o mala disciplina de la tropa, así como su religiosidad, dependían de la competencia del capitán de la compañía. Los capitanes eran también los encargados de aplicar los correctivos necesarios ante las faltas disciplinarias, vigilar la instrucción y pagar a sus hombres, por lo que debían ser asimismo modelos de honestidad. Rondaban siempre los treinta años y eran solteros. Se les identificaba por la jineta que portaban o por tener el coselete y el yelmo grabados. Su escuadra, formada por los hombres más reconocidos de la compañía, era la primera en entrar en combate. También eran los encargados de diseñar la bandera de su compañía, la cual les pertenecía hasta entrar en combate, momento en que era cedida al alférez que debía portarla. Más allá del valor simbólico que tuvieran estas banderas, actuaban igualmente de punto de referencia en las formaciones durante los asaltos¹⁹.

El alférez era el encargado de portar la bandera en todo momento, pudiendo ser castigado severamente por su extravío. Era un cargo designado por el capitán, de su entera confianza por tanto, soldado veterano, hábil en combate, ya que entraba a la lucha armado

¹⁶ MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 853-854.

¹⁷ MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 860.

¹⁸ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 241.

¹⁹ MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 850.

únicamente con la bandera en una mano y con una espada en la otra. Fuera del combate y especialmente durante las marchas, el alférez confiaba la bandera al abanderado, un criado que la debía portar marcialmente y que recibía su sueldo directamente del alférez.

Los sargentos se vinculaban al capitán que los designaba. Se encargaban de ocuparse de la tropa y de proponer el arma que debía portar cada soldado, distribuían los alojamientos, se encargaban del transporte del bagaje y de enfermos, mantenían la disciplina y organizaban las guardias. Se identificaban por la alabarda.

Los cabos, nombrados también por el capitán, mandaban escuadras de hasta veinticinco hombres y actuaban bajo las órdenes del sargento de la compañía. Se ocupaban de sus hombres repartiendo víveres, municiones y demás avituallamientos, así como de mantener siempre encendido el fuego durante las guardias, para poder encender las mechas de las armas si fuese necesario.

Todos estos cargos tenían su equivalente en la plana mayor del tercio. El maestre de campo era el oficial superior y el tercio llevaba su nombre, al menos de manera oficial, como ya se ha visto. Eran nombrados por el rey tras su recomendación desde el Consejo de Guerra. Dependían del general en jefe, a quien asesoraban y, además de mandar el tercio, mandaban su propia compañía²⁰. Participaban en los asaltos de forma directa, por lo que, a pesar de ser uno de los mayores cargos del ejército, se ponían en riesgo con frecuencia. Villalobos narra cómo, en el asedio de Huy, el propio Luis de Velasco se abrió paso como un soldado más y acabó cubierto de sangre²¹.

El sargento mayor era designado por el capitán general tras la recomendación del maestre de campo. Eran hombres de larga experiencia, que rondaban los cuarenta años. Mantenían la disciplina y se encargaban de aplicar duros correctivos, organizaban las formaciones en escuadrones, supervisaban las marchas y distribuían alojamientos. En combate se encontraba siempre a caballo, recorriendo las formaciones repartiendo órdenes y manteniendo el control de la situación. Se identificaban por un bastón de mando.

Por último, se encontraban el tambor mayor, encargado de transmitir órdenes entre las compañías, el furriel mayor, a quien competía todo lo relacionado con el alojamiento, el

²⁰ MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 846.

²¹ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 25.

capitán barrachel, encargado de la vigilancia interna, y el capellán, que atendía espiritualmente a los soldados²².

Del suministro se encargaban los tenedores de bastimentos y furrieles, quienes eran ayudados en las tareas de abastecimiento por los pagadores y furrieles mayores. Se encargaban también de los alojamientos de la compañía²³.

Debido a las dificultades de mantener un tercio bien suministrado, era corriente la presencia de vivanderos en torno a los ejércitos. Estos vivanderos formaban una cola tras el tercio de enormes proporciones. Villalobos nos brinda una muestra del tamaño de los campamentos de vivanderos: durante el asedio de Dourlans, el campamento del ejército se estableció entre dos colinas oculto a la vista directa de la ciudad, pero los vivanderos habían acampado frente a los franceses. Ante las noticias de la llegada inminente de un ejército de socorro francés, el campamento de vivanderos se recogió y emprendió la huida atravesando el campamento español. Desde la ciudad, debido a las dimensiones de semejante comitiva, se consideró que quienes huían no eran otros que los mismos soldados, por lo que se forzó la marcha para alcanzarles huyendo. El ejército español, sin embargo, se encontraba bien dispuesto y logró acabar con toda la caballería francesa antes de que llegara el resto de su ejército, venciendo en la batalla²⁴. Incluso una ciudad asediada, como lo era Amiens, constituía un foco de oportunidad para los vivanderos. Cuando los franceses lograron completar el cerco de Amiens, la carne comenzó a escasear y a subir de precio. Pese a la pena de muerte que Enrique IV impuso sobre todo vivandero que alcanzara la ciudad para comerciar, la riqueza de los soldados de Amiens atrajo a muchos comerciantes que veían más posibilidades de enriquecerse que riesgo.

Respecto al vestuario y el armamento, el soldado debía avituallarse de todo lo necesario por sí mismo. Pese a que se les entregaba camisa, casaca, zapatos y jubón, no tardaban estas prendas en ser sustituidas por aquellas que pudieran agenciarse, siempre lo más llamativas posibles²⁵. Un ejemplo muy representativo de ello es el siguiente: durante el asedio de Amiens y tras una salida de los de la ciudad que acabó en una de las escaramuzas más sangrientas de todo el sitio, se decretó una tregua para recoger a los muertos entre las murallas y las trincheras francesas. Allí, sitiadores y sitiados trabajaron unos junto a otros hasta el

²² MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 848-849.

²³ MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 850-852.

²⁴ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 62-69.

²⁵ MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 862.

punto de que el propio Enrique IV, allí presente, requirió la presencia del alférez Melchor, quien destacaba por sus llamativas ropas. Melchor dijo al rey francés que “los españoles en sus trajes procuraban andar lo mejor que les era posible, y aquel saco de aquella tierra los había puesto a todos tan ricos, que parecían todos capitanes”²⁶.

Las únicas propiedades que poseía el soldado constituían su bagaje personal. Unos con el conjunto de bagajes personales formaba el bagaje del tercio, que se trasladaba junto a la tropa. Su vigilancia era una prioridad y, al ser todo cuanto poseía el soldado sobre el terreno, este procuraba mantenerse siempre lo más cerca posible de él. En ocasiones, dicho bagaje era símbolo de orgullo y se hacía destacar en las marchas frente a ojos ajenos, para que todos pudieran contemplar los botines que habían logrado esos soldados. Cabe destacar que no todo el bagaje estaba constituido por bienes materiales, sino que de él formaban parte también todos aquellos que acompañaban a la soldadesca por propia voluntad, como las mujeres que se habían casado con algún soldado. Cuando se rindió la ciudad de Amiens, la tropa, aunque en pésimas condiciones de salud, salió ordenadamente y con las armas en ristre y tras ellos, todo el bagaje que habían acumulado en la ciudad, causando la admiración de los franceses ante los que desfilaban, principalmente debido al número de francesas que lo acompañaban, el doble que soldados había de guarnición²⁷.

Llegados a este punto, merece la pena llamar la atención sobre los mozos de los soldados, asistentes menores, demasiado jóvenes para ser pagados como soldados pero que se encargaban de ayudar en todo lo posible a sus protectores. Estaban al servicio de oficiales y soldados y trabajaban en su servicio, siendo siempre no más de una sexta parte del total de la tropa. Se encargaban de portar el armamento de sus amos y, durante los combates, se les mandaba a la retaguardia junto al bagaje²⁸.

En Amiens, para dar un respiro a los soldados de las guardias, se organizó a sus mozos en sus propias compañías y bajo sus propios capitanes para que se encargaran de guarnecer las murallas y disparar desde ellas a todo lo que se moviese en el campo francés, tarea que aceptaron alegremente.

Cabe destacar un suceso importante relacionado con los mozos durante el asedio de Amiens. Ya avanzado el mismo, el hambre empezó a golpear con más fuerza dentro de la

²⁶ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 314.

²⁷ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 375.

²⁸ MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 854.

ciudad que fuera, donde ya se podía disponer de la legumbre sembrada en ese año. La mayor necesidad la sentían la caballería y ganadería en general, privada de un forraje que los mozos debían salir a buscar, con los riesgos que ello conllevaba a pesar de ir acompañados de unos pocos soldados. Una noche, tropas de la caballería francesa ocuparon la abadía y el bosque en torno al prado donde estos mozos sacaban los caballos y vacas a pastar, con el plan de rodearles a la mañana siguiente. El ataque por sorpresa funcionó y obligó a los españoles a refugiarse en las ruinas de un burgo, cerrándoles el paso hacia la puerta de la ciudad. Cuando salieron desde la ciudad a auxiliarles, la caballería francesa se replegó, habiendo dado muerte no obstante a veinte soldados y ochenta mozos, y herido a muchos otros, entre ellos el propio Diego de Villalobos y Benavides.

A modo de venganza se organizó una salida a mediodía que batió el campamento francés dejando doscientos muertos y atacando las trincheras francesas, donde se abatió a otro buen número. Comenzó así una refriega bajo las murallas que dejó un gran número de muertos esparcidos frente a la ciudad y, tras tres horas de combate, se estableció una breve tregua para retirar a los muertos, algo poco común²⁹.

En contadas ocasiones los mozos participaban también en los combates y solían destacar por los desmanes que cometían. Se les podía ordenar quemar aldeas a modo de represalia o se unían a la persecución de ejércitos en retirada³⁰. Tras el asalto de Huy, las tropas francesas se retiraron desordenadamente y en tropel hacia el castillo. Sus bajas fueron cuantiosas y sus cuerpos se amontonaban en las calles. Narra Villalobos cómo los mozos no tardaron en “poner en cueros” a los caídos, despojándoles hasta de las ropas³¹.

En cuanto a los alojamientos, los soldados vivían en casas particulares, castillos o ciudadelas y campamentos. El primer caso dependía de los furrieles, quienes se adelantaban al paso del ejército y hacían inventario de las viviendas disponibles, repartiéndolas entre la tropa. Los castillos y ciudadelas eran más confortables: en ellos la tropa se beneficiaba de la seguridad de las murallas y de un nivel de vida aceptable, pero tenían un aforo limitado. Por último, los campamentos se levantaban durante las acciones militares, como los asedios, y se establecían en espacios lo suficientemente grandes como para poder albergar un elevado

²⁹ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 288-294.

³⁰ MARTÍNEZ RUIZ, 2008:854.

³¹ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 25.

número de tiendas y determinados servicios específicos, como hospitales de campaña, corrales, cocinas, letrinas, etc. También era necesario levantarlos cerca de fuentes de agua³².

Sin embargo, en estos últimos casos y debido a las necesidades del ejercicio militar, con frecuencia era necesario improvisar. Durante el sitio de una ciudad, solía ocurrir que se dispusieran guarniciones en diferentes fortalezas, construidas in situ o tomadas del enemigo, en torno a la ciudad. Las condiciones de vida en muchos de estos lugares eran bastante precarias. Un buen ejemplo de ello lo da Villalobos durante el asedio de Calais, cuando tuvieron que tomar un fuerte rodeado de agua para aislarlo del campamento principal y evitar que entrasen barcas en la ciudad. Se fortificó y se bautizó con el nombre de los Cangrejos, en honor al buen uso que habían hecho de todos aquellos crustáceos que se encontraron alrededor. Quedaba este fuerte en una isla aislada por completo del resto de cuarteles, y al encontrarse rodeada de diques rotos no podían recibir suministros. El caso es que durante ocho días, los soldados tuvieron que vivir de cangrejos y almejas hervidos en agua salada mientras bebían del agua de lluvia que se almacenaba de manera natural en unos pozos³³.

Dentro del tercio, un lugar de la plana mayor estaba reservado para el médico, mientras que las compañías contaban cada una con su propio barbero. Su principal responsabilidad era mantener el buen estado de salud de la tropa, haciendo frente tanto a enfermedades como a heridas de guerra. Los hospitales de campaña trataban de ser lo más habitables e higiénicos posibles, ya que era allí donde se realizaban las operaciones más delicadas a los heridos graves o se trataba de mantener a raya posibles epidemias. En Amiens, ante el aumento de enfermos y heridos, Portocarrero ordenó la construcción de un hospital, que se levantó sobre un monasterio de monjas y se puso bajo el cargo del clérigo Lucas López. En pocos días, López proveyó de toda la botica necesaria, así como de camas y ropa que fueron requisadas del monasterio de San Agustín, al estar sus frailes acusados de apoyo al francés³⁴. Las pestilencias suponían un verdadero quebradero de cabeza para las tareas de este hospital. No paraban de extenderse tanto en el campo francés como dentro de la ciudad, debido a las inmundicias que se comían entre los pobres. Debido a la propagación,

³² MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 864.

³³ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 173-175.

³⁴ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 253-254.

todos los ciudadanos pudientes habían sido expulsados, no quedando más que en torno a novecientos mendigos que fueron reunidos para que salieran de Amiens³⁵.

Respecto a las heridas de guerra, las había de todos los tipos: amputaciones, quemaduras, disparos, cortes, etc. Dentro de los estragos de la guerra, nadie se encontraba completamente a salvo fuera cual fuese su rango y condición. Así, Mos de Rona, al mando del asedio de Calais, murió un día a la hora de comer cuando una bala de cañón atravesó uno de los muros de tierra y fajinas, alcanzando su tienda y arrancándole parte de la cabeza, ante la vista de su hijo de quince años. La cadena de mando se rompió, queriendo todos los oficiales ocupar su puesto. Para evitar el desorden, el propio Archiduque fue al asedio a asumir el mando. Rona fue enterrado en Amberes.³⁶ Era bastante más común de lo que pudiera parecer el perder la vida de manera similar. El capitán Gómez de Buitrón, en una guardia, se asomó a la muralla y un cañonazo le voló buena parte del muslo, muriendo días después.

Sin embargo, no todo eran largas marchas y violentos combates para los soldados. También gozaban, en determinadas ocasiones, de momentos de ocio centrados en largas fiestas y saraos. Cuando terminó la campaña del verano de 1595, el conde de Fuentes, al mando del ejército, regresó a Bruselas. Por las ciudades por las que pasó se organizaron fiestas que duraron toda la noche para celebrar los buenos resultados de la guerra. Otro ejemplo es el del día de San Juan, fiesta que se guardaba en Amiens. Desde el campo francés se celebró con un bombardeo que, pese a causar algún que otro daño en casas deshabitadas, no fue preocupante. Los españoles la celebraron con una pequeña encamisada, un banquete para el gobernador Portocarrero y los capitanes, y la escenificación de una comedia. Hubo bailes durante muchos días más. También, a modo de réplica, los españoles celebraron el día de Santiago mediante un despliegue de fuegos y luces por la muralla, así como de tres salvas “pareciendo abrasarse la ciudad”, para demostrar a los franceses que su devoción no era menor³⁷.

4.2. *El soldado español.*

Este era el día a día de los soldados, pero ahora es necesario ahondar en cómo eran ellos mismos. Villalobos se centra sobre todo en describir la propia naturaleza del soldado

³⁵ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 262.

³⁶ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 191.

³⁷ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 125-126; 278-282; 342-343.

español en múltiples ocasiones, pero también encuentra lugar para hablar de los soldados del resto de naciones.

Tiene al soldado español como un soldado fiero, de pronta cólera que hay que saber aprovechar, y buen católico. Villalobos considera que los españoles son gente genuinamente guerrera, con ánimo encendido al que no hay que dar la ocasión de enfriarse. Al contrario de lo que ocurre con los soldados de otras naciones, que se envalentonan con el tiempo y la esperanza del socorro, al soldado español no debe retrasarse la ejecución de su coraje³⁸.

Prueba de esta disposición al combate, no era extraño que se exigieran más aún de lo que los mandos les solicitaban. Por ejemplo, para retomar la ciudad de Huy se reunieron los tercios españoles de Zúñiga y de Luis de Velasco, el valón de Barlota y el alemán de Coquela, cuatro mil hombres en total al mando del general de artillería Mos de la Mota. La compañía de caballos de Juan de Córdoba, marchando a la reunión de las tropas, interceptó la caballería holandesa encargada de transportar el botín de Huy y lo recuperó. Estas buenas noticias animaron a la tropa, que marchó durante un día y una noche durante doce leguas hasta alcanzar Huy, cruzando el Somme en barcas. Los soldados, para descansar, no dispusieron más que de las manzanas que sus mozos les traían y del agua de los charcos donde se dejaban caer. Sin embargo, la moral estaba tan alta que aun así un escuadrón del tercio de Luis de Velasco arremetió contra una de las puertas del burgo, traspasándola y permitiendo que los demás tercios entraran en él. La soldadesca, a pesar de la marcha, quería encamisarse y escalar la ciudad, pero se llegó a la conclusión de que con el enemigo alertado no era buena idea³⁹.

Otro buen ejemplo se dio en Amiens. Avanzado el asedio, entre los soldados afloró la sensación de impotencia al ver que se permitía a los franceses acercarse demasiado sus trincheras a la muralla. Culparon de ello a la pasividad de sus capitanes y al gobernador, exigiendo una buena salida contra el campo francés, a lo que accedió Portocarrero por temor a un levantamiento. Se preparó una salida de alrededor de mil hombres que salieron al mediodía desde el foso, con una energía tal que desde las torres “no sabían con qué presteza ni compás de pies hayan arremetido soldados en el mundo a cosa ninguna, como aquí lo hicieron estos”⁴⁰. A pesar de la resistencia ofrecida por los franceses en su línea primera de trincheras,

³⁸ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 193.

³⁹ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 20-22.

⁴⁰ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 308.

se consiguió sobrepasar esta y sabotear un buen número de baterías. Murieron más de setecientos franceses con cincuenta de sus capitanes. Fue uno de los mayores golpes que recibió el ejército francés durante el asedio de Amiens.

El ansia de combatir se mantenía incluso ante la inminencia de la más que probable derrota. De nuevo Amiens es el ejemplo representativo. Tras meses de espera, el ejército de socorro del Archiduque alcanzó las inmediaciones de Amiens y se situó frente a los franceses. Sin embargo, la falta de suministros y, en especial, de agua, les hizo retirarse de nuevo a Flandes ante la impotencia de los sitiados. Su desesperación la plasmó Villalobos así: “Ya no se trataba del modo bueno de conservar la ciudad, sino cómo mejor cada uno vengaría su muerte”. Así, había muchos capitanes de la opinión de salir al campo a pelear hasta la muerte, mientras otros preferían aguardar a ver qué acciones emprendían los franceses. “Encontrándose unos a otros, era tomarse la mano apretándosela, como prometiendo morir unos por otros”⁴¹.

Otra de las características que Villalobos cree inherentes del buen soldado español es su fe católica. Para él, el buen soldado era el que combatía con la conciencia tranquila respecto a Dios y se confesaba como un buen cristiano, ya que así se ofrecía mejor al peligro, pensando que, si moría, alcanzaría las puertas del cielo. Por el contrario, aquel que marchara a combatir sin confesarse tendría miedo del castigo eterno, lo cual le volvería torpe y cobarde⁴². Considera Villalobos que todas las hazañas milagrosas que se habían alcanzado en combate no habían sido sino por la particular devoción de los españoles a Dios y que, por lo general, el ejército se componía de gente anclada en las buenas costumbres y virtudes morales⁴³.

En cuanto a los mandos, era común que mandara siempre un oficial español a tropas españolas. Entre las tropas, no gustaba obedecer a alguien de otra nación y, en ocasiones, este sentimiento, tan intenso que podía desembocar en desórdenes, provocó la sustitución de mandos con carácter urgente. Así, durante el asedio de Calais, había tres compañías de españoles junto a más de mil soldados de naciones, todos ellos bajo el mando del holandés Labix. Sin embargo, debido al disgusto de los españoles, minoría en dicho conjunto de tropas, se tuvo que sustituir en el mando al flamenco por Alonso de Mendoza. Como señala oportunamente Villalobos: “es costumbre inmemorial de la guerra de Flandes, entre los

⁴¹ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 367.

⁴² VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 56.

⁴³ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 104.

capitanes de naciones, gobernar siempre el capitán español, y entre los maeses de campo no consentir ser gobernados sino de su nación”⁴⁴.

A pesar de casos como el anterior, lo común era agrupar a los soldados por sus respectivas naciones cuando era posible. En Amiens, la defensa de las murallas se dividió en cuarteles según la nación de los soldados: la puerta de París y sus murallas y el cuartel de Viobues para las compañías de Flandes, que eran seis; a su lado, en la puerta de Viobues, los alemanes de Pedro Gallego y soldados de las guarniciones de Calais; en la puerta de Montreçu, los valones e irlandeses del coronel Basto.

4.3. Los soldados de naciones.

Finalmente, Villalobos proporciona una breve descripción de las tropas de naciones junto a las que servía. De los valones y borgoñones resalta su utilidad en esa guerra de fronteras, gracias al dominio del idioma, afirmando “que eran muy buenos soldados, donde en la guerra de fronteras son más de provecho que los españoles”⁴⁵.

De los irlandeses, Villalobos comenta que “son admitidos en las compañías de españoles y comparten en ocasiones sus puestos, mezclándose con ellos como si fueran una sola nación y mereciéndolo, porque son buenos gallardos soldados”⁴⁶.

Habla también de un grupo peculiar de soldados, los voluntarios franceses. Se trataban de forajidos franceses que trabajaban sin sueldo para el rey de España, ganando la décima parte de lo que consiguieran. Su utilidad radicaba en el conocimiento de la frontera y su trabajo consistía en salir de noche hacia el interior de Francia, donde pasaban inadvertidos, y secuestrar a todo individuo de importancia con el que se topasen y por el cual pudieran obtener un buen rescate. En Amiens se reunió un buen número de ellos, bajo el mando de su propio capitán, el francés Lavinia⁴⁷.

⁴⁴ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 169.

⁴⁵ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 81.

⁴⁶ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 185.

⁴⁷ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 271-272.

5. La disciplina.

La disciplina, dentro del ámbito militar del Tercio y en sus mismas circunstancias, era difícil de concretar. Se trataba de intentar establecer un sistema de castigo firme, eficaz y rápido, pero que a la vez dejara intacta la honra del soldado. Esta justicia militar constaba de dos instancias, una superior, representada por el auditor general del ejército, y otra inferior, formada por auditores simples. Sin embargo, sólo se recurría a ellos en circunstancias excepcionales o como juzgados de última instancia. Lo común era imponer el castigo en el acto, de manera rápida y contundente⁴⁸.

Dentro de la compañía, la justicia era aplicada por los oficiales. Se partía de la base de exigir únicamente obediencia en todo lo tocante al servicio del rey y aplicar castigo salvaguardando la honra del implicado. No se podía, pues, castigar mediante insulto, bofetada o palo. Albi de la Cuesta incluye también en esta lista de instrumentos infamantes la cuerda⁴⁹, pero, según el relato de Villalobos, fue la más utilizada sin lugar a dudas⁵⁰. Finalmente, era aconsejable que el castigo se impusiera desde la tranquilidad entre ambas partes, el soldado y el oficial, ya que la cólera de alguno de ellos podía agravar la situación. En este sentido alude Villalobos en más de una ocasión a que no hay que reducir a los soldados a la desesperación sino “dalles tiempo de su arrepentimiento”⁵¹.

Villalobos, en su obra, hace frecuentes referencias a la imposición del orden entre las filas de soldados. Son, en su mayoría, sucesos que se plantean y resuelven en el acto, prueba de esa rapidez de acción en la justicia militar del Tercio. Cualquier desobediencia de la ordenada, por el motivo que fuera, era sancionada. Por ejemplo, tras el asedio de Huy, todo desorden ajeno al saqueo fue penado con la horca, como el forzar mujeres, y tampoco se permitió entrar en las iglesias o molestar a los monasterios de monjas⁵².

En Amiens, cuando se expulsó de la ciudad a gran parte de sus habitantes, considerados fieles a Enrique IV, con permiso de llevarse algunos bienes consigo, el gobernador Portocarrero condenó a pena de muerte a cualquiera que robara a los que salían.

⁴⁸ ALBI DE LA CUESTA, 1999: 159-161.

⁴⁹ Pena de cuerda hace referencia a la ejecución mediante ahorcamiento.

⁵⁰ ALBI DE LA CUESTA, 1999: 162.

⁵¹ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 16.

⁵² VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 26.

Esto no impidió que muchos mozos saquearan varias barcas. Uno de ellos, identificado, prefirió ser ahorcado en un árbol a recibir garrote en la barrera a la vista de todos⁵³.

También en Amiens se presenta otro caso relacionado con el ciego cumplimiento de una orden bajo cualquier circunstancia. Sobre una de las puertas, en una tronera, se dispuso una guardia de un solo hombre para vigilar la actividad de los franceses en la trinchera inmediatamente inferior, con la orden expresa de no abrir fuego contra ellos. Sin embargo, el soldado de posta, teniendo a tiro a un francés, abrió fuego, matándolo. Resultó que el francés abatido era el general de artillería enemigo, pero esto no evitó que el soldado fuera recriminado por desobedecer las órdenes dadas⁵⁴.

Un caso similar al anterior ocurrió durante el asedio de Le Chatelet, pero en el que se encontraba implicado un capitán, don Alonso de Lerma. El conde de Fuentes le encargó repartir unos bandos de órdenes durante el asalto a la muralla. Sin embargo, este capitán decidió lanzarse al combate, animando a muchos soldados a seguirle en su acción de asaltar la muralla. Durante la misma lucha, el conde ordenó arrestar al capitán y lo condenó a degollar, aunque fue perdonado un poco más tarde⁵⁵.

Caso especial en la justicia militar era la que afectaba a militares y civiles al mismo tiempo. Intervenían ambas justicias pero la sentencia la daba el juez del preso⁵⁶. Villalobos muestra un ejemplo representativo: el capitán Gómez de Buitrón, cuya compañía había sido de las primeras en entrar en Amiens, fue reclamado a acudir ante el juez por la muerte de un burgomaestre acaecida antes de la conquista de la ciudad. Así, estando la ciudad ya asediada por los franceses, Gómez de Buitrón tuvo que escabullirse para acudir a Bruselas, donde había sucedido el crimen. Allí se le declaró inocente de los cargos, por lo que tuvo que volver a Amiens, sorteando de nuevo las líneas francesas que sitiaban la ciudad para volver a formar parte de su defensa⁵⁷.

Dos de los delitos más graves eran, sin duda, la desertión y el amotinamiento. La desertión estaba penada con la muerte, pero se distinguían tres situaciones diferentes, según

⁵³ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 236-237.

⁵⁴ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612:332.

⁵⁵ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 41-42.

⁵⁶ ALBI DE LA CUESTA, 1999: 160.

⁵⁷ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 263-265.

el soldado pasara a un ejército aliado, al enemigo o simplemente dejara la profesión militar⁵⁸. La más común era ésta última.

Villalobos hace referencia a un caso especial de deserción en el que el soldado implicado pretendió volver a filas. Se trataba de un soldado italiano que abandonó su tercio para pasar a servir bajo órdenes francesas. Buscando el perdón y la reinserción en su ejército “natural”, ayudó a escapar a un soldado español preso por los franceses durante el asedio de Amiens, a cambio de que mediase por su perdón. Entre las motivaciones que impulsaron al italiano, Villalobos sugiere un deseo de volver a servir a su patria natural o un descontento respecto a las mercedes prometidas (y no cumplidas) del rey francés. Empero, lo más seguro es que se debiera a la precaria situación en la que se encontraba el campo francés en ese momento. Así, escaparon ambos del campamento francés una noche, nadando y cargando el italiano con el soldado preso a sus espaldas. Ya en campo aliado, el soldado español reiteró su deseo de mediar por el perdón del italiano desertor, pero se desconoce cuál fue el destino de éste⁵⁹.

5. 1. Los motines.

Finalmente, dentro del ámbito disciplinario, ocupan un lugar especial los motines. Estas revueltas militares, causadas en respuesta a agravios tales como encontrarse varios meses sin recibir la paga o la suspensión de provisiones, fueron algo más que huelgas de soldados, con sus propias características inherentes. Se trataba de levantamientos organizados, bajo sus propios líderes y con unos objetivos a conseguir muy claros.

La revuelta comenzaba en una pequeña sección de la tropa y desde allí se iba extendiendo, a base de convencer a todos cuantos fuera posible. Cuando se alcanzaba un número importante, se expulsaba a quienes no querían tomar parte y comenzaba el motín. Todos los amotinados se encontraban al mismo nivel durante el proceso, pues no existían jerarquías. Entre todos elegían a un electo, normalmente un veterano que gozaba de carisma entre la tropa, así como a un consejo de soldados de entre tres y ocho miembros. Este electo lideraba a los amotinados imponiendo una disciplina de hierro y actuaba como su portavoz⁶⁰. Organizados bajo el electo, tomaban una fortaleza o ciudad desde la cual defenderse y procurarse una manutención mientras presentaban sus reclamaciones.

⁵⁸ ALBI DE LA CUESTA, 1999: 166.

⁵⁹ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 355-356.

⁶⁰ PARKER, 1985: 231.

Formaban los amotinados un conjunto social cerrado en el que cualquiera que actuara por su cuenta era ejecutado, incluido el propio electo. Todos los soldados podían exponer sus intereses mediante carteles que eran leídos públicamente y eran llevados al electo para su consideración. Cuando se llegaba a un acuerdo interno respecto a las reclamaciones que debían exigir, comenzaban las conversaciones. Peticiones comunes eran la exigencia de recibir todas las pagas atrasadas, la amnistía para todos los implicados y la formación de revista para poder elegir la unidad en la que cada soldado deseaba servir⁶¹.

Los motines se acababan por resolver cuando los soldados cobraban sus pagas atrasadas, debido a que ésta era la principal causa de los levantamientos. Esto provocó la generalización de los mismos, ya que constituían un método eficaz para conseguir el pago de sus salarios.

Villalobos sólo hace mención a un motín en particular, el de Zichem de 1595, pero no ahonda mucho en su desarrollo. No va más allá de exponer cómo el tercio de Luis de Velasco se enfrentó a los amotinados, ejecutó a los cabecillas e hizo huir al resto.

De todas las maneras, Villalobos no deja de hacer continuas referencias a la importancia que tenía el dinero para el buen funcionamiento del ejército. Habla por ejemplo del conde de Fuentes, gobernador de Flandes y capitán general del ejército durante 1595, desde la muerte del archiduque Ernesto hasta la llegada del archiduque Alberto en 1596, como un general que tenía ganada la voluntad de su soldadesca gracias precisamente a las puntuales pagas con que la retribuía. Menciona cómo entregó pagas en más ocasiones que meses tuvo su mandato y de cómo pasó el invierno haciéndose respetar a base de conceder honores y de nombrar coroneles y capitanes.

Como dirá Villalobos, “con ninguna cosa se gana mejor la voluntad de los soldados ordinarios que con pagallos”⁶². Consideraba cualquier gasto en el ejército o en las armadas como algo necesario basado en salvaguardar lo propio y estar preparado para tomar lo ajeno⁶³.

⁶¹ PARKER, 1985: 333.

⁶² VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 45.

⁶³ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 13.

6. La vida del soldado durante los asedios.

Ya se ha hablado de cómo, durante todo el siglo XVI, la guerra se transformó en un conflicto armado basado en la toma de plazas fuertes. Diego de Villalobos y Benavides, en sus “Comentarios”, da una versión muy completa de la vida de los soldados durante los asedios, y de su narración se puede deducir la importancia de los mismos y hacerse una idea de su diversidad. Villalobos vivió los asedios de Cambrai (1595), La Fère (1595), Hulst (1596), Calais (1596), Ardres (1596) y Amiens (1597), este último desde el punto de vista del defensor.

Pese a lo que pudiera parecer, un asedio podía tener un coste mayor de lo que suponía una batalla campal, pero su resultado era matemáticamente previsible: dentro del considerado por algunos “arte de tomar ciudades”⁶⁴ se podía calcular cuántos días tardaría una batería en abrir brecha en las murallas o cuántos otros aguantaría la guarnición defensora antes de rendirse. Frente a lo imprevisible de una batalla, el asedio ofrecía una relativa seguridad a los sitiadores y, si contaban con suficientes cañones, abundante munición y ejercían una fuerte presión, la plaza sería tomada eventualmente⁶⁵.

Las obras de sitio, por ello, se convirtieron en un alarde de avances en ingeniería en forma de fortificaciones defensivas, generalmente dobles para evitar el socorro de la ciudad sitiada por parte de un ejército enemigo. El elemento de construcción principal en las fortificaciones de asedio era la tierra, tanto para elevar parapetos como plataformas de artillería, protegidas por líneas y líneas de trincheras. Todo ello conllevaba un coste humano elevado, debido a las dimensiones de la obra, lo que elevaba mucho el coste de sostenimiento de un asedio⁶⁶.

A raíz de esto, las capitulaciones eran frecuentes. No existían defensas numantinas hasta el último hombre; por el contrario, cuando los asediados consideraban inevitable la derrota, solían entregar la ciudad con la condición de poder salir de ella por su propio pie y conservando sus armas. En cambio, si los sitiadores lograban abrir brecha en una muralla, la

⁶⁴ El despliegue de medios necesario para llevar a cabo un asedio de forma satisfactoria hizo que los militares y políticos más versados de la época consideraran a tales teóricos elementos de referencia básicos del arte militar y la cultura (RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, 2015).

⁶⁵ ALBI DE LA CUESTA, 1999.

⁶⁶ RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, 2015.

rendición dejaba de ser una opción y era frecuente que toda la guarnición fuera pasada a cuchillo, como castigo por alargar un sitio innecesariamente⁶⁷.

Así, un asedio se convertía en un pulso entre sitiado y atacante, ya que éste último también debía hacer frente a penurias semejantes tales como la carencia de suministros, el hacinamiento, las pésimas condiciones higiénicas y la ausencia de paga. La importancia de dichas plazas residía asimismo en su naturaleza defensiva, ideales como puntos de apoyo logístico y de abastecimiento en la guerra, algo vital para, a su vez, poder sitiar de manera efectiva la siguiente plaza fuerte de la campaña⁶⁸.

Debido al enorme gasto que originaban, los asedios siempre eran la última opción a la hora de tomar una plaza fuerte. Existían diversos sistemas de acceder a la ciudad antes de recurrir al asedio, como la escalada, forzar su entrega valiéndose de los intereses económicos o políticos de los defensores mediante sobornos e, incluso, usar del terror y la amenaza⁶⁹. La huida en masa que se produjo en Amiens cuando entraron los españoles por sorpresa en 1597 está fundamentada en este principio de terror, ya que, apenas un año antes, se había pasado a cuchillo a la mayor parte de la población de Doullens. En Cambrai, el conde de Fuentes, para amedrentar a los defensores de la ciudad, hizo una demostración del poder de su artillería bombardeando la ciudad durante la noche de tal modo que “los campos se pusieron tan claros que parecía de día”⁷⁰.

La pérdida de la ciudad de Lières el 13 de octubre de 1595 a manos de los holandeses y su posterior recuperación ofrece otras variantes de lo que decimos. La ciudad se encontraba guarnecida por tropas españolas, ante la inconformidad de sus habitantes. Éstos indicaron a las tropas de Nassau el modo de infiltrarse en la ciudad durante la noche. Ante la sorpresa dada por los holandeses, las escasas tropas españolas lideradas por el gobernador, se retiraron a una de las torres y allí resistieron hasta que les llegó el auxilio desde Amberes. Cuando llegaron los refuerzos españoles, sorprendieron a la mayor parte de los holandeses borrachos por haber estado celebrando el botín tomado, y acabaron con más de ochocientos⁷¹.

Se podía recurrir también a distintos tipos de estratagemas. Así, un año antes, en 1594, el conde Mauricio determinó tomar la ciudad de Huy, para molestar la entrada de los

⁶⁷ ALBI DE LA CUESTA, 1999.

⁶⁸ RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, 2015

⁶⁹ ALBI DE LA CUESTA, 1999

⁷⁰ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 87.

⁷¹ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 118-123.

refuerzos españoles desde el Camino Español. Al mando de la operación se encontraba Gil de Moldre, quien, disfrazado de mercader, penetró en la ciudad para pactar con su arzobispo la entrada de tropas holandesas en el castillo, casi inexpugnable por su situación en la montaña. Así, los holandeses tomaron Huy en cinco días y, al llegar sus refuerzos, comenzó el saqueo de la ciudad⁷².

Este tipo de confabulaciones no eran extrañas. Ya tomada la ciudad de Amiens, de la que se habla a continuación, Enrique IV conspiró con los frailes de San Agustín, instalados dentro de la ciudad, para averiguar el estado de las guardias de Amiens y localizar un punto débil. El plan francés consistía en infiltrar un pequeño número de soldados en el monasterio y esperar a que, durante la primera guardia, un boticario cómplice prendiera fuego a su casa, para asaltar así la guardia de la puerta, mientras que el resto de la guarnición se encontraba pendiente del fuego. Sin embargo, un espía doble informó de este plan al gobernador Portocarrero. Éste y varios de sus capitanes, entre ellos Diego de Villalobos y Benavides, registraron el monasterio y encontraron a los espías enemigos escondidos en las campanas, el coro y el púlpito. Se les interrogó hasta que dieron el nombre de todos los cómplices que tenían dentro de la ciudad, los cuales fueron ahorcados en la plaza del mercado por traidores. Sin embargo, los oficiales capturados fueron intercambiados por otros presos en poder de los franceses⁷³.

Una de las conquistas más célebres realizadas sin organizar un asedio fue la toma de Amiens por Hernán Tello Portocarrero el 11 de marzo de 1597. Amiens era el arsenal francés del norte, un polvorín repleto de municiones desde donde Enrique IV pretendía controlar la frontera. Era una ciudad militarizada y sus ciudadanos eran prácticamente soldados, organizados en sus propias banderas y con guardias establecidas.

Portocarrero, desde Doullens, a 30 kilómetros de Amiens, conocía el sistema de guardias de la ciudad. Todos los días, la guardia de la puerta de Montreçu se asomaba al revellín entre las siete y las ocho de la mañana para reconocer el campo y abrir la puerta a los campesinos que aguardaban para entrar en la ciudad. El plan de Portocarrero consistía en disfrazar a unos cuantos soldados de campesinos, cruzar el revellín a primera hora y atravesar un carro en la puerta que impidiera cerrarla y levantar el puente. Ocultos en una ermita

⁷² VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 17.

⁷³ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 254-260.

cercana se encontraría parte de su tropa dispuesta a asaltar el revellín y, más allá, en una abadía, el grueso del ejército listo para entrar en la ciudad.

Acudieron a la llamada de Portocarrero compañías del tercio de Alonso de Mendoza, entre ellas la de Diego de Villalobos y Benavides, del tercio de Agustín Mejía, del tercio de Antonio de Zúñiga y otras cinco compañías de caballería. Alcanzaron la abadía de San Joseph la noche del diez de marzo y se adelantaron trescientos arcabuceros hasta la ermita de la Magdalena, frente a la puerta de Montreçu.

A las siete de la mañana del día 11 de marzo, la guardia de la ciudad abrió las puertas al flujo normal de campesinos. Entre ellos se encontraban, disfrazados, un grupo de valones y borgoñones bajo el mando del sargento Francisco del Arco. Entraron en el revellín sin levantar sorpresas, cargados de sacos de legumbres, manzanas y nueces pagados por el sargento Vallejo (un escudo y medio que valió una ciudad⁷⁴). Vestían a la manera pobre de aquella zona, con un sayal basto y blanco lleno de jirones, descalzos y con la cara y las manos tiznadas. Mientras uno de los borgoñones distraía a la guardia del revellín, el sargento del Arco situó el carro bajo la puerta y, cuando un guardia se le acercó a interrogarlo, le mató de un disparo en el pecho, iniciando el ataque. No tardaron en llegar los refuerzos que aguardaban ocultos en la ermita de la Magdalena y en la abadía. La ciudad comenzó a ser saqueada sin encontrar apenas resistencia mientras la gente aún estaba dormida o en la iglesia, antes de las nueve de la mañana. Muchos de los ciudadanos trataron de huir por las puertas que daban a Francia, cargando con todos los objetos de valor posibles. De esta manera, se tomó la ciudad más importante de Picardía⁷⁵.

Sin embargo, cuando ninguno de estos métodos funcionaba, se comenzaba el asedio, una lucha de resistencias entre defensor y atacante, que podía alargarse meses y cobrarse millares de vidas en ambos bandos. Antes de llevar a cabo cualquier tipo de acción armada, era primordial agrupar soldados, obreros, armas, artillería, municiones, pertrechos, suministros y, por supuesto, dinero. Mantener todo ello durante meses era la clave de un asedio exitoso y, por ello, la principal dificultad⁷⁶.

El asedio se iniciaba rodeando la ciudad de un anillo de trincheras capaz de bloquear cualquier intento de auxilio desde el exterior a la vez que permitía mantener a raya al

⁷⁴ VILLALOBOS Y BENAVIDES, D. 1612: 216.

⁷⁵ VILLALOBOS Y BENAVIDES, D. 1612: 205-223.

⁷⁶ ALBI DE LA CUESTA, 1999.

asediado, mediante hileras de circunvalación. Mover toda esta masa de tierra requería de una abundante mano de obra, cuyos efectivos, denominados profesionalmente como gastadores, no eran soldados, sino trabajadores reclutados a nivel local pero supeditados a la jerarquía militar, normalmente bajo las órdenes del jefe de artillería⁷⁷. Constituían una mano de obra barata pero proclive al desorden, de dudosa fidelidad y tendente a la huida al menor indicio de riesgo. Trabajaban al amparo de la noche, pero en un entorno muy peligroso. Es por eso que se acompañaban a menudo de los propios soldados en sus labores.

Villalobos, desde su posición de sitiado en Amiens, habla en sus “Comentarios” de los gastadores franceses que trabajaban en las trincheras frente a las murallas de la ciudad. Los franceses habían construido dos filas de trincheras frente a las murallas de Amiens. La segunda, más alejada, era donde se cubrían los soldados y se defendían de las salidas de la ciudad. La primera, muy castigada por los disparos desde la muralla, sólo se ocupaba durante la noche. Para evitar las bajas entre sus filas, no había guardias nocturnas y de los trabajos solamente se encargaban los paisanos del lugar, reclutados por el ejército francés. Murieron varios miles de ellos durante las ampliaciones de la primera línea de trincheras⁷⁸.

Otra prueba del peligro de trabajar en la construcción de las trincheras nos la ofrece Villalobos cuando narra el asedio de Doullens. Como premio por su buen trabajo en la construcción, se premió a un grupo de valones con cerveza. En plena celebración y a causa del tumulto que causaron, los valones fueron alcanzados por un cañonazo disparado desde la ciudad que mató a siete de ellos, aunque los que quedaron vivos “se dolieron más de ver su cerveza derramada, que [de] los compañeros muertos”⁷⁹. En Hulst, para asegurar el paso entre el foso y la muralla, se trabajaba dentro del agua clavando fajinas que permitieran abrir camino, a la vez que se abrían pasadizos desde las trincheras.

Los asedios en los Países Bajos contaban con un inconveniente añadido, las frecuentes masas de agua, que dificultaban y encarecían los costes. Ponían a prueba a los ingenieros, ya que las zonas de agua requerían de la construcción de plataformas firmes sobre las que situar las baterías artilleras, adaptar las trincheras o salvar fosos. En la zona de las Dunas, en torno a Calais, los soldados levantaban el asedio en la misma playa, trabajando en las trincheras de

⁷⁷ ALBI DE LA CUESTA, 1999: 249-250.

⁷⁸ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 284-285.

⁷⁹ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: pág. 54-55.

noche y con el agua hasta la cintura. Muchos murieron a causa de la hipotermia⁸⁰. En Hulst, varios diques se rompieron e inundaron la zona creando islotes y aislando la ciudad, quedando el ritmo del asedio limitado al movimiento de las mareas.

Tras derribar la mayor parte de cañones enemigos se daba paso a las tareas de zapa para acercar las tropas y las baterías lo máximo posible a la fortaleza mediante la construcción de ramales protegidos por una segunda línea de trincheras. Esto se hacía en un punto débil de la muralla, con el objetivo de abrir brecha y entrar al asalto. Este proceso de acercar la línea de fuego mediante trincheras se podía repetir tantas veces como fuera requerido de cara a derruir los muros.

Una vez abierta la brecha, se daba paso a las tareas de demolición, cuyo objetivo era llenar de escombros el paso para hacerlo accesible y poder franquear el foso, si lo hubiere. La última fase del asedio era la conquista de la parte superior de dicha brecha mediante el asalto, el momento decisivo en el que se empleaban todos los medios a disposición de ambos bandos. Las operaciones de asalto eran especialmente sangrientas, donde se daba uso a multitud de ingenios mortales en forma de fuego, perdigones, aceite en llamas, azufre, alquitrán, explosivos, etc.

El asalto era algo a evitar debido a su excesivo y violento coste; no en balde, el pago al que se debían someter las plazas defensoras que alargaban un asedio hasta este punto era el cuchillo. Por ello, en su mayor parte, la rendición llegaba antes del asalto⁸¹.

Villalobos describe con bastante detalle los asaltos de los que fue testigo y en los que participó. En el asedio de Le Catelet, se abrió una brecha en la muralla a la que había que acceder trepando entre los cascotes. A lo dificultoso de la subida se le sumó la firme oposición francesa, lo que provocó que el asalto se alargará provocando multitud de bajas, muchos de ellos despeñados. El propio Villalobos afirma que rodó “hasta lo más bajo deshechas las narices”⁸². En el asalto al revellín de Doullens, ante el fuego enemigo, los asaltantes se lanzaron contra la muralla empapados de barro y cubriéndose con palas y fajinas de los disparos y bombas de los defensores⁸³.

⁸⁰ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 141.

⁸¹ ALBI DE LA CUESTA, 1999.

⁸² VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 42.

⁸³ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 56.

Si no se lograba abrir brecha, había otros métodos de conseguir la capitulación. El hambre era uno de ellos. Tarde o temprano, los víveres comenzarían a escasear; pero esto se podía aplicar a los dos bandos⁸⁴. El ya de por sí paupérrimo modo de vida del soldado de Flandes empeoraba durante los asedios y se llegaban a vivir situaciones de completa inanición.

En La Fère, gobernada por Álvaro Osorio, el estado de necesidad era tal que los soldados llegaron a comer “todas las sabandijas caseras y cocidos los cueros de las sillas de los caballos”⁸⁵. Cuando llegó el momento de negociar con los franceses y, para ocultar su pésima situación, Osorio ordenó llenar sacos de tierra por donde sobresaliese el poco trigo que tenían, dando a entender que podían aguantar el asedio el tiempo suficiente para recibir socorro. De este modo, Osorio alcanzó un trato favorable por el cual los españoles pudieron abandonar La Fère junto a sus armas y uno de los cañones, así como los vecinos que decidieran acompañarles, siendo perdonados todos aquellos que decidieron quedarse.

En Amiens, debido al gran botín que se logró al tomar por sorpresa la ciudad, los víveres no supusieron el más grave de los problemas. Sin embargo, sí fue la principal debilidad de los franceses que sitiaron la ciudad, que se encontraban desabastecidos de alimento. Tan decadente era su estado que, en una ocasión, se presentaron ante Diego de Villalobos, durante una de sus guardias en las puertas, un grupo de franceses suplicando porque se les aceptase bajo el servicio del Rey de España, puesto que se morían de hambre⁸⁶. Muchas de las caballerías francesas también se encontraban famélicas. Sin embargo, a medida que avanzó el asedio la situación dio un giro de 180° y los víveres de la ciudad se agotaron. Ya en los últimos días del asedio y bajo el amparo de una tregua de ocho días, las necesidades de los españoles por alimento y de los franceses por abrigo se encontraron en encuentros junto a las murallas donde se llevaron a cabo todo tipo de truques “por los que se daba el vestido por carne y verdura” y alteraron el paisaje de tal modo que “parecían las baterías más carnicería que soldadesca”⁸⁷.

Finalmente, si el hambre y el bombardeo no bastaban, el asedio pasaba a librarse bajo tierra: la guerra de minas. Estas acciones subterráneas tenían la finalidad de volar la plaza fuerte desde abajo y eran combatidas en el subsuelo. Era una forma de guerra especialmente

⁸⁴ ALBI DE LA CUESTA, 1999.

⁸⁵ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 160.

⁸⁶ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 240-241.

⁸⁷ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 370.

cruenta. Los túneles eran construidos por gastadores civiles, pero eran rápidamente sustituidos por los soldados que morirían en ellos de las más diversas formas: hundimientos, asfixiados por azufre, en el cuerpo a cuerpo en mitad de la oscuridad, etc.⁸⁸. Durante el asedio de Amiens, junto al foso se localizaron una serie de cuevas que constituían un punto débil para el revellín que se alzaba inmediatamente encima. Para protegerlo del exterior, el foso se reforzó de casamatas y campos de estacas. Sin embargo, los franceses intentaron practicar una mina para acceder a dichas cuevas. El ingeniero Pachoto, mediante una bomba de su invención llamada petar, voló la mina francesa, matando a todos los que se encontraban trabajando en ella y expulsó al resto mediante humo. Este puesto, a causa de los continuos asaltos desde las minas, se denominó “fuego eterno” y las guardias debían ser relevadas continuamente debido a la dureza de los combates⁸⁹. El puesto finalmente fue tomado por los franceses cuando volaron parte del foso, enterrando a los alemanes que estaban de guardia. Uno de ellos, vivo pero enterrado hasta la cintura, hizo frente todo lo que pudo hasta morir.

Si el asedio se alargaba, eventualmente la ciudad sería tomada, bien por capitulación o por asalto. Era común que las ciudades se rindieran antes de abrirse una brecha practicable en sus murallas. De no ser así, como ya se ha indicado, la guarnición era pasada a cuchillo y la ciudad saqueada. No obstante, todo dependía del esfuerzo bélico empleado. En Le Chatelet, se logró abrir brecha en el castillo, pero tras un encarnizado combate de tres horas, se canceló. Antes de planear un segundo asalto, la guarnición francesa se rindió, negociándose un intercambio de rehenes. Los más de seiscientos defensores fueron escoltados hasta un lugar seguro.

Sin embargo, la situación fue completamente distinta en Dourlans. Allí, los españoles tuvieron que hacer frente a un ejército de socorro, al que derrotaron. Para evitar la formación de otro, se bombardeó la ciudad intensivamente hasta abrir una brecha por donde se lanzaron al asalto todas las tropas. La resistencia francesa de la ciudad se deshizo y huyó en desbandada, muriendo muchos despeñados. La ciudad quedó infestada de soldados en un abrir y cerrar de ojos y nadie quedó a salvo. Incluso los templos donde gran parte de los habitantes se acogieron a sagrado fueron asaltados por valones y borgoñones. Los alemanes iniciaron un fuego que duró todo un día y el saqueo duró hasta la noche. Murieron más de tres mil quinientas personas.

⁸⁸ ALBI DE LA CUESTA, 1999.

⁸⁹ VILLALOBOS Y BENAVIDES, 1612: 268.

En La Fère, los españoles lograron engañar a los franceses que los sitiaban, haciéndoles ver que tenían suministros suficientes como para prolongar el asedio hasta recibir ayuda. Pudieron abandonar la ciudad con sus armas y un cañón.

En Calais, el gobernador rindió la ciudad a los españoles a cambio de permitirle guarnecer una torre durante ocho días hasta que llegara la flota inglesa e irse con ella.

En Amiens, tras cuatro meses de asedio y ante la imposibilidad de recibir socorro, se llegó a un acuerdo con Enrique IV por el cual los españoles abandonarían la ciudad con sus armas y todo el bagaje que pudieran transportar. Salieron de la ciudad desfilando con las armas en ristre. Los capitanes franceses cuidaron de que nadie dañase a ninguno de los que salían. Abandonaron Amiens mil cuatrocientos soldados, ochocientos de ellos heridos.

7. Conclusiones.

A pesar de que la obra de Diego de Villalobos y Benavides se centra de modo especial en los aspectos más propiamente militares, no hay lugar a dudas de su valor como testimonio de primera mano acerca de la vida del soldado de Flandes. Son particularmente interesantes las descripciones, repletas de detalles, que da acerca del modo de proceder durante los asedios y de cómo se desarrolló la campaña militar durante los años que comprende su relato. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que se trata de una obra escrita a partir de recuerdos varios años después de que los hechos narrados tuvieran lugar, ya que los borradores originales los perdió en su regreso a España. A pesar de todo, se muestra objetivo en las descripciones de los asedios y en las costumbres soldadescas. Probablemente, lo más valioso de su obra se encuentre en las referencias relacionadas con el sitio de Amiens. Es éste, por otra parte, el tema más desarrollado dentro sus “Comentarios” y el más reciente en su memoria acerca de la guerra. De él se extraen las principales características de un asedio desde el bando defensor, de los modos de vida y las costumbres.

Hay que tener mucho cuidado, no obstante, a la hora de considerar el tema del soldado español. Sin duda, aquí Villalobos hace gala de un mayor subjetivismo. Expone al soldado español idealizado, cristianísimo y moralmente correcto, algo poco creíble esto último, especialmente en un ejército de la época, donde los desmanes y las fechorías eran frecuentes. Pero, a pesar de ello, se puede obtener algo valioso de su punto de vista utópico, y es que Villalobos no hace sino describir lo que en su época sería el soldado perfecto, aunque lo identifique con lo meramente español. Así, un buen soldado tenía que ser valiente, fuerte de ánimo y de gran coraje, irreductible incluso en la derrota, cuyo honor sería su posesión más preciada, además, claro está, de su inquebrantable fe católica. La descripción que hace de los demás soldados de naciones también se podría considerar como el punto de vista generalizado en la época. Destaca también la visión que da de los mozos. Estos jóvenes, que prácticamente formaban una casta diferenciada del resto del ejército, han resultado ignorados generalmente por la historiografía, pero conforman una micro-sociedad militar dentro de los tercios muy interesante, cuyas vidas se basaban en sobrevivir de cualquier manera en el frente mientras servían en todo lo posible a los soldados.

Respecto a la disciplina, las descripciones de Villalobos refuerzan la idea de un sistema de normas muy rígido apoyado en una aplicación de la justicia rápida y eficaz, donde

rara vez se recurría a instancias superiores al capitán de una compañía. Deja claro Diego de Villalobos que la soga era un instrumento al que se recurría con facilidad en la mayor parte de los casos de desobediencia, en especial en aquellos momentos en que resultaba indispensable mantener el orden, como durante los saqueos posteriores a la toma de una ciudad.

La vida del soldado en Flandes era dura y penosa, y más aún durante los asedios. Se ha podido observar a lo largo del trabajo cómo la mayor parte del texto de Villalobos gira en torno al cerco de Amiens, y no es para menos. Su experiencia se puede definir como prototípica, conteniendo todos los aspectos clave de las condiciones de vida y funcionamiento del tercio durante cualquier asedio en Flandes. Así, se ha podido observar el proceso de sitio desde sus dos puntos de vista: el del sitiador y el del sitiado. Era el de ambos un pulso de resistencias, donde el verdadero vencedor era aquel que se apoyaba en una mejor infraestructura de suministros. Desde la perspectiva del atacante, se han podido vislumbrar toda clase de métodos, desde escaladas a infiltraciones, además del asedio propiamente dicho, al que seguía un asalto. Por otro lado, el defensor hacía frente al tiempo, una lucha contra la escasez de provisiones a la espera de un auxilio que no siempre llegaba a tiempo.

En conclusión, el valor de la obra de Villalobos radica en la propia experiencia, en su carácter autobiográfico. Sirviéndose de ella, este trabajo ha tratado de ofrecer una visión lo más aproximada posible a la realidad de la época en lo tocante al soldado y a su vida en Flandes.

8. Bibliografía.

- Albi de la Cuesta, Julio, *De Pavía a Rocroi: Los Tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Balkan, 1999.
- Bennassar, Bartolomé, *Historia Moderna*, Madrid, Akal, 1980.
- Llorente, Alejandro, “*Introducción, notas e ilustraciones*” a los *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Bajos de Flandes desde el año 1594 hasta el de 1598*, Madrid, 1876.
- Martínez Ruiz, Enrique, *Los soldados del Rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*, Madrid, Actas, 2008.
- Parker, Geoffrey, *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*, Madrid, Alianza, 1985.
- Rodríguez Hernández, Antonio José, *Breve historia de los ejércitos: Los Tercios de Flandes*, Madrid, Nowtilus, 2015.
- Villalobos y Benavides, Diego, *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Bajos de Flandes desde el año 1594 hasta el de 1598*, Madrid, 1612.